



# LA HOJUA de PARRANDA

REVISTA FESTIVA

(TODOS LOS TRABAJOS SON INÉDITOS)

*R*  
*2372*  
**CARAS BONITAS**

## SUMARIO

**CARLOS MIRANDA**

De parranda.

**ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO**

Lección de fisiología.

**GONZALO CANTÓ**

Una por otra.

**PEDRO DE RÉPIDE]**

El servidor servido.

**UN PEQUEÑO REPORTER**

La liga y la limpieza.

**EL ADULTERIO**

Opiniones de Luis Gabaldón, José Santiago, Angel Caamaño (El Barquero), Antonio de Hoyos y Vinent, Rafael López de Haro y Roberto Merelo.

**F. GÓMEZ-HIDALGO**

La distracción del señor H.

**EL CONFESONARIO**

Artículo de **JULITA FONS,**

**CÉSAR JALÓN**

La revancha.

**PEPE ONTIVEROS**

Mis aventuras amorosas.

**TOVAR, CYRANO, TRIS, BENOIGANS  
y ALFONSO**

Caricaturas y retratos de La Ninón, María Rey, Julita Fons, Gonzalo Cantó, Luis Gabaldón, José Santiago, Angel Caamaño (El Barquero), Antonio de Hoyos y Vinent, Rafael López de Haro, Roberto Merelo y otros dibujos.



**LA NINÓN**

Gentilísima «divette», como puede verse cualquier noche en el teatro Romea.

**5 cénts.**





¡A VECES LOS REYES MAGOS  
HACEN PASAR UNOS TRAGOS! ..

—¿Sabes lo que me han traído los Reyes Magos, Ufrasia?—Ni lo sé, ni me interesa mayormente.—Muchas gracias. ¡Miá que eres fina!—¿Te importa ná á tí lo que á mí me pasa?—Ya sabes que sí.—¡Tampoco! No es por áhi; conque así calla, Pantaleón, y no me vengas con cobas ni con guayabas, porque ya nos conocemos.—No sabía una palabra.

—Güeno, dí; ¿qué te han traído los Reyes? ¿Alguna caja de con... fites?—No los uso.—Quizá que te hicieran falta.—No, señora.—¿Un aroplano?—Tampóquili.—¿Unas tenazas pa rizarte los bigotes, y presumir con tu chacha cuando sus vais á las Ventas ú á la Bombilla?—Nequáquam.—Pues, ¿el qué?—No te lo digo, tan y mientras que no caigas.

—Es que me doy por vencida.—Muy bien; pero ante tó, Ufrasia, si es que quiés que te lo diga, tiés que darme tu palabra de honor de que me reservas el secreto. U me lo guardas, ú tarifamos pa siempre.—¡Pué que aluego te pesara!—Bien; ¿cuento con tu sigilo procesional?—Sí; pero ¡habla!

Pues verás... Dejé mis botas colocás en la ventana del salón...—¿Salón has dicho?—Siempre se esagera, Ufrasia. Pon que he dicho gabinete.—Bien; lo que te dé la gana.—Con que cojo y me levanto, sobre las seis, de la cama nuncial.—No la pongas motes.—Dí tú cómo hay que llamarla.—Me es igual. Como la llame tu esposa morronganática...

—Te ruego que no la faltes, porque ella á tí no te falta.—Se guardaría muy mucho de

faltarme. ¡No faltaba más, sino que me faltase!—Tendrías un juicio 'e faltas.—¿Que más?—Que abro las vidrieras; busco las botas, y ¡magras! En lugar de ellas me encuentro... ¿qué dirás?—No sé.—Una carta.

—Del palo de copas.—¡Güeno! Según vas á ver, Ufrasia, no estoy pa chistes. Era una firmá por la Merenciana, que decía lo siguiente: «*Pantaleón, me voy de casa, pa no golver, con tus botas...*»—Comprendió; pa empeñarlas.—¡Quiá!—Pues ¿pa qué? ¿Pa venderlas?

—No; verás: «*... pa que no salgas detrás, mientras no te compres otro calzaio.*»—¡Pues tié salsa!—¡Fijate, la que me haría la sorpresa! Conque, gracias á que en el cuarto de enfrente vive la señá Melania, la del churrero; y la dije, si no lo que me pasaba, poco menos... conque fué ella y me dió estas alpargatas, que—como ves—me están chicas; y me las puse de chancas, y aquí estoy pa lo que gustes mandar...

—¡Sí que tié la gracia por arrobas la ocurrencia! Será que la harían falta pa el chulo que tenga ahora.—Conque ¡á ver si tú me sacas del aprieto!—¿De qué aprieto? ¡Si pa mí que te están anchas las zapatillas!—En serio: me emprestas seis ú ocho beatas, pa calzaio; que, como coja yo aluego á la Merenciana, la hago que me dé dos duros, si no por buenas por malas!

—¿Yo darte seis ú ocho pelas?—Te las degüelvo, ¡palabra!—¡Ni que estuviese yo loca de la cabeza!—Amos, ¡anda!—Que no te las doy, te he dicho.—Pero...—¡Como si cantarás! Pues, hombre, ¡já ver si me tomas por alguna reina magal!

*Carlos Miranda.*



# EL SERVIDOR, SERVIDO

**J**UANITA Valle, después de haber sido la bailarina que más se había movido en los cines de Madrid y de provincias, era una de las señoras de su casa mejor instaladas de la corte.

Manténía su hotel con un lujo magnífico, y ella misma estaba mantenida con verdadero cariño, por efecto de una alta y eficaz protección.

El número de las personas consagradas á su servicio era grande, y el tren de su vida marchaba á toda velocidad y por vía libre. Su mesa era proverbial, no solamente por la excelencia de los manjares servidos, sino también por la fineza que solía hacer á sus comensales de ofrecerlos ella misma. Y un bocado de Juanita era plato de gusto para cualquiera.

Un día, no se sabe de cierto si fué un buen día ó estaba nublado, aumentó la dama su servidumbre con un chico para el servicio de recados. El nuevo botones era un muchacho que había consumido sus propinas y sus fuerzas yendo á admirar en los escenarios el arte de Juanita.

Y eso del arte es porque cierto día, el chico, que se llamaba Benjamín, oyó decir á dos señores de edad que contemplaban la escultural figura de la artista:

—¡Qué arte tiene!

Y el chico, que tenía su punto de vista, pensó entonces:

—¡Ah! De manera que eso también se llama

arte. Yo lo había oído llamar en otra forma.

Con lo que desde entonces pasó los días, y, sobre todo, las noches pensando en el arte de la señora aquella.



—¡Esa casa no me da más que disgustos, Fernández! Los señores del principal se me quejan de grandes escándalos de las modistas del segundo con los estudiantes del tercero. ¿Cómo están de pago las modistas del segundo?

—Al corriente, señora.

—¿Y cómo están los estudiantes?...

—Pues ya lo sabe usted..., encima de las modistas.

Y he aquí que la fortuna, que no sabe nunca dónde posarse, escogió, por fin, á aquel muchacho entre el número de sus favoritos. Y decidió hacerle feliz.

Entró Benjamín al servicio de Juanita, y desde tal momento comenzó á adelgazar visiblemente. Su dueña no lo notaba; pero las demás criadas sí advertían, llenas de h... ..



nitario espanto, la progresiva demacración de aquel mancebo.

Como había confianza entre el ama de llaves y la señorita, la fiel servidora hubo de decirle cierto día:

—Sabes que ese chico nuevo que tenemos en casa se está desmejorando mucho.

—¡Que tome algo!

—Ay, si le dejaran...

—Pero, ¿qué es lo que quiere?

—Pues una tontería: que está *colao* por tí.

—¿Por mí? ¡Vamos! ¡Qué criaturita!



—Pues yo, chica, encantada con esta moda de la poca ropa. No pierde una tanto tiempo como antes.

Y luego pensó Juanita que le había gustado, no por ser una belleza conocida, sino únicamente por ser mujer, porque el muchacho estaba en la edad de romper el sagrado fuego de Venus. Así fué que decidió llamarle á capítulo y confesarle.

—¿Pero tú me quieres?

—Como á ninguna.

—Bueno, niño; pues toma estos dos duros y márchate á que te consuelen por ahí.

—No — contestó Benjamín, mientras tomaba las diez pesetas—; no puede consolarme nadie más que usted.

Ante tanta insistencia del muchacho, Juanita empezó á interesarse. El tono de su voz fué haciéndose más dulce. El chico seguía en sus trece, y Juanita acabó por ceder. ¡Tenía un corazón tan blando y tan sensible!

Al fin consiguió calmar al fogoso doncel, quien ya tranquilo y encantado abandonaba el gabinete de su ama.

Y lo abandonaba tan deprisa, que su dueña y señora tuvo que salir precipitadamente para decirle:

—Bueno, hijito; pero ahora dame los dos duros.

*Pedro de Répide.*



## LA LIGA Y LA LIMPIEZA

¡Ya están ahí! ¡¡Sálvese el que pueda!!

No vayan ustedes ni á sospechar siquiera que me refiero á los «angelitos» rifeños, ni mucho menos á los no menos angelicales conservadores que son otra variedad de los rifeños, y que Mataix me perdone la herejía.

Mi exclamación se refiere á los distinguidos miembros de la famosísima Liga contra la pornografía, santos varones (es de suponer) que velan incesantemente por la más pura expresión de la moral pública..., que de la privada, cada cual hará de su capa un sayo.

Yo, por lo menos, y no es murmurar, sé de un invariable concurrente de la última del Royal Kursaal, capaz de pedirle «La pulga» á Azcárraga, y coleccionista de lunares recónditos de las más mundiales de nuestras «chanteusses», á quien todavía le parece poco la Liga. El llega á mucho más arriba en sus decisiones antipornográficas.

Bueno; pues es el caso que, según un suelto officioso que leo en *La Corres*, la Liga «está repartiendo profusamente una interesante circular en la que se ponen de manifiesto los irreparables daños que, especialmente á la infancia y á la juventud, acarrea la escandalosa exhibición de estampas, espectáculos y publicaciones obscenas».

Estarían en su lugar esos buenos señores si aquí diesen por terminada su nota, porque vendrían á decirnos sobre poco más ó me-



nos: «Esas cosas no deben exhibirse, hay que disfrutarlas en privado, todo lo más privado que se pueda». Pero no se paran ahí, sino que todo eso lo dicen para acabar pidiendo que se suscriba un boletín de suscripción para los gastos que esta campaña moralizadora origine.

De donde resulta que esos señores sacan el dinero por el mismo procedimiento que cualquier horizontal de las que con tanta saña persiguen: Por el procedimiento de la Liga.

No hay más que una diferencia: que ella la enseña y á uno se le alegra la pajarilla, y en cambio ellos, enseñándola, no sólo no nos alegran nada, sino que además nos amargan la vida con el sablazo.

Eso lejos de alegrar, se la arruga hasta al más dispuesto á ligarse, ó sea, á hacerse de la Liga.

Porque para perseguir obscenidades no creo que sea condición precisa sacarle los cuartos al prójimo. Este prefiere gastárselos en la prójima, como es natural.

Aparte de que no tienen que meterse en los antros de perversión para llegar al fin que se proponen. En la misma *Corres*, tan pulcra y seria, pudieron hallar materia para cumplir con su elevada misión.

Vean ustedes lo que desde Sevilla, y á propósito del jaleo armado con motivo de la profanación artística del cuadro de la «Concepción», de Murillo, le decía su corresponsal:

«Según las noticias que puede adquirir, el académico de la de Bellas Artes, de Sevilla, Sr. Mattoni lavó el referido cuadro con una disolución de alcohol al 10 por 1.000, y con el cambio en el aspecto de la pintura, originado por la limpieza hecha, dió lugar á dis-

cusiones, [que] trascendieron á la Prensa.

»La Academia de Bellas Artes encomendó á los académicos de la sección de Pintura el examen de lo hecho en el cuadro y el correspondiente informe, y la Comisión académica emitió dictamen manifestando que el Sr. Mattoni se limitó á hacer una limpieza que, lejos de ser perjudicial, resulta conveniente para la pintura de Murillo.»

Yo creo que el Sr. Mattoni debe querellarse inmediatamente contra el indiscreto corresponsal que hizo pública esa intimidad.

Además, que ahora va á salir una de aficionados á esa operación artística, que va á ser cosa de ponerse en guardia, tanto más cuanto que nada menos que la Academia de Bellas Artes, de Sevilla, afirma solemnemente que, lejos de ser perjudicial, resulta conveniente; cosa, después de todo, muy natural, porque según todos los higienistas la base de la vida es la limpieza. Ahora, que yo, que no soy higienista, ni académico de Sevilla, ni individuo de la

Liga, declaro á ustedes que es mucho más varonil no llegar á esa operación.

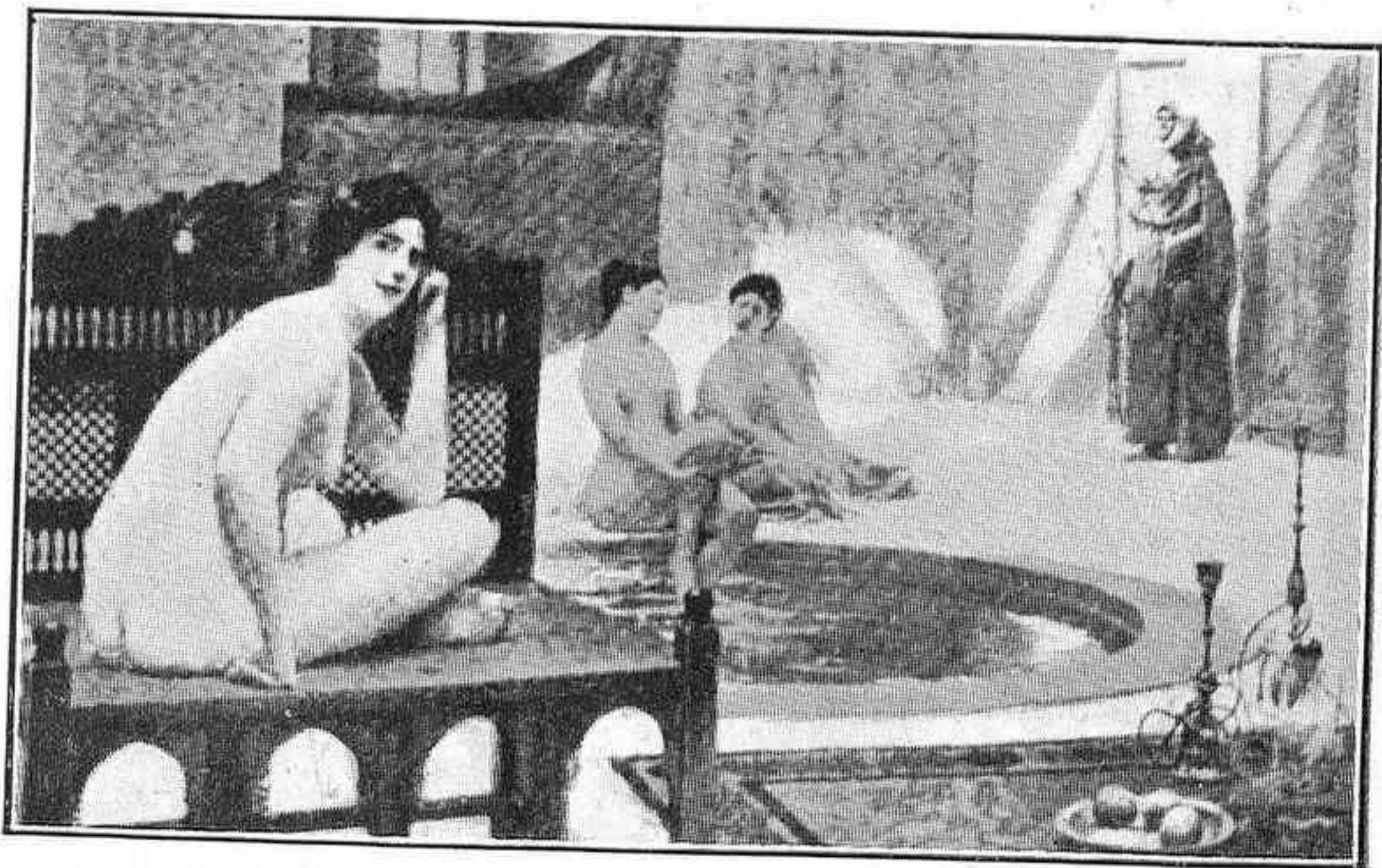
¡Sobre todo mientras se pueda usar el alcohol sin rebajar ni un solo grado!

*Un pequeño reporter.*



GONZALO CANTÓ

Autor ilustre, célibe... empedernido, y muchas cosas más...



EL BAÑO DEL HAREN



# EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO ¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?

¿La actitud del marido precisamente? ¡Qué sé yo! Pero, en fin, por lo que pudiera suceder, voy á recordar un caso, sin que esto quiera decir que recomiende el procedimiento, porque... ¡allá cada uno!



Pues bien; un marido sorprendió á un amigo suyo, por cierto, que sobre la mullida alfombra—en la casa estaban de mudanza—ejercía usurpados derechos matrimoniales sobre la esposa infiel. Su sorpresa fué estupenda; su gesto de indignación, enorme, pero á punto de cometer un acto violento, el marido reflexionó de este modo: «¿Qué hago? Si le pego un tiro, voy á la cárcel; si le doy un puntapié con fuerza y en tal posición, aún penetrará más el cuerpo del delito... ¡Vaya, lo más práctico y seguro es que, por lo menos, me pague el recibo de la casa!»

Y por parte del otro no hubo el menor inconveniente.

Y todos encantados.

LUIS GABALDÓN.

Ahí va mi respuesta:

Lanzar un «¡ay!» de furor, llevarse las manos á la cabeza, apelar á la fuga y buscar hospedaje en los antípodas.

Nada de veneno para la adúltera; más bien para la madre que la parió, que para eso es la suegra.

JOSÉ SANTIAGO.



El marido que use eso que denominan *decencia*, teniendo plena conciencia

de que se la dan con queso, una actitud solamente puede adoptar en seguida, ó no ha sabido en su vida lo que es ser hombre decente.

Donde los coja, allí mismo, sin reflexión y sin calma, á ella... romperla el alma, y á él... romperle el bautismo.

¿Que esto es una atrocidad?



¿Que son instintos de hiena? Yo creo que es prueba plena de vergüenza y dignidad.

ANGEL CAAMAÑO (*El Barquero*)

Creo que hay que distinguir de dos casos distintos: que ya no quiera á su mujer, que la quiera aún. En la primera suposición no la sorprenderá; se limitará á sonreír desdeñoso y á alejarse de allí. Luego... Luego la vida es una máquina de complicados engranajes y hay, fuera de los sentimientos y las pasiones, otras cosas que pesan tanto como ellas en nuestras determinaciones: los intereses, las ideas, la posición social y hasta los ideales políticos. De modo que, pasado el primer impulso, el marido tomará una determinación á tenor de todas estas cosas.

En el segundo caso, si la ama aún..., entonces, ¿de qué sirve decir lo que debe hacer? Hará lo que pueda; si puede resistir el primer impulso y no matar, sufrirá. Es un caso en que se mata ó se llora. Algunas veces las dos cosas.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

La cuestión es muy árdua; el problema es [muy serio; asunto no resuelto y siempre discutido... Véase la pregunta sin omitir

[partícula...

Así es: «En el caso de flagrante adulterio, ¿cuál cree usted que ser debe [la actitud del marido?

¿La actitud del marido? ¡Una [actitud ridícula!

¿No es ridículo el cánón [de moral que diputa indisoluble el vínculo con una disoluta?

Desde que uno se casa es tonto. Así, de [pronto, el honor de un marido es el honor de un [tonto. Y, saliendo la honra del sujeto, sucede que para el más honrado, por tonto, es des- [honrosa





la aplicación ilícita que, á sus espaldas,  
[puede  
de las cosas del tonto hacer la linda esposa.

Si uno se asocia á otro y riñen, es probado  
que puede uno ser pillo y el otro ser hon-  
rado.

Si uno se asocia á una, el caso es diferente:  
como ella salga «frágil», él es un indecente.

¿No es absurdo que ponga su honor un ca-  
ballero  
situado en un punto que yo nombrar no quie-  
ro?...

Si un amigo me falta, yo lo cojo y le digo:  
—¡Sinvergüenza!—y le pego un puntapié al  
amigo.—

¿Por qué no hacer lo mismo cuando una fal-  
ta obliga  
á insultarla y á darle el puntapié á una amiga?

Pues nada, por el vínculo, por el sagrado  
nudo...,  
cuando ella es una «erótica», el hombre es un  
cornudo.

Y..., «quod Deus conjunxit»..., reviente el  
hombre bueno  
que dió con una socia á quien gusta lo ajeno.

Mientras esa ley dure, otra ley da la traza.  
Ley por ley, una paga y otra el presidio aho-  
rra.

Se mata y se percibe por la piel de la zorra  
el premio que en tal caso fija la ley de Caza.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

Querido Gómez Hidalgo: Si nos atenemos  
á la doctrina sustentada, hace poco en la  
Audiencia por el Sr. Cierva, y creemos como



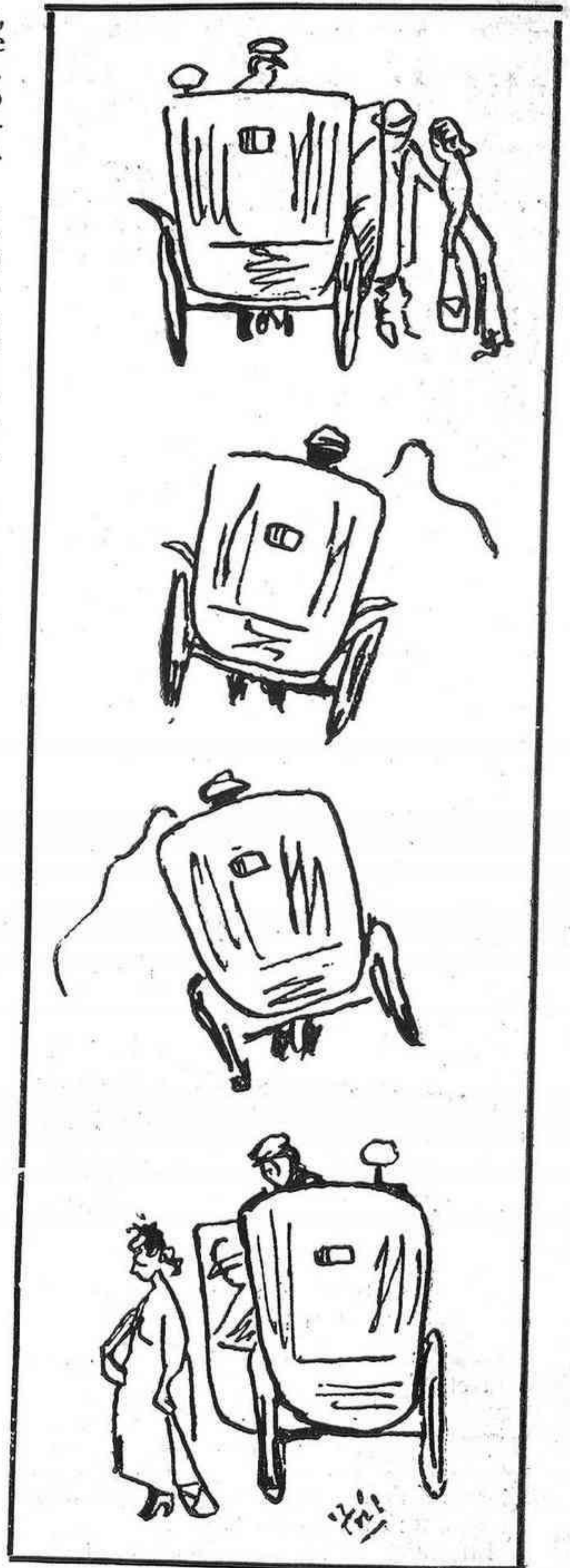
él, que ya han pasado los  
tiempos caballerosos y que  
todo está *materializado*, en  
el caso de flagrante adulte-  
rio, el marido, no debe in-  
comodarse, si no hacer lo  
siguiente:

Con toda calma, y sin  
*interrumpir* á la pareja, de-  
be obtener de ésta una declaración terminan-  
te de las veces que *se olvidaron de él*, y  
luego pedir á los Tribunales civiles una  
indemnización, cuyo valor está calculado  
por las veces que *actuaron* y el precio en  
que se estipule cada ofensa al honor man-  
cillado.

Si no piensa lo mismo que el exministro  
de la Gobernación, debe matar á los dos  
y será lo más acertado, aunque no tan po-  
sitivo.

Un abrazo de tu amigo,

ROBERTO MERELO.



DOS HORAS DE COCHE



# LA DISTRACCIÓN DEL SEÑOR H.



El Año Nuevo ha comenzado mal para mi amigo el señor H.

El señor H., un hombre obeso y cincuentón, que tiene fama de orador y que sería ministro, por lo menos, si la República viniera, á pesar de su facha y de su fecha, se com-

Lyón d'Or, cuando una joven linda, vestida á la última, con un contorneo armonioso y gentilísimo, le dió un tropezón formidable, que le tambaleó.

La joven se detuvo y pidió perdón al señor H. Después, graciosa y señoril, siguió el paseo.

El señor H., viéndola perderse entre la multitud, sintió un taligazo de deseo y pensó en seguirla y abordarla. Luego se detuvo y exploró entre los que le rodeaban. Convencido, al fin, de que ninguna cara conocida le veía, apretó el paso, y en la calle de Sevilla, junto á la de Arlabán, la alcanzó.

Sin mirarla casi, con la discrección propia de quien se ha visto muchas veces en tal trance, se puso junto á ella y en un instante en que los transeuntes no podían enterarse, la abordó.

Ella, maestra, sin volver apenas la cabeza, contestó:

—Usted dirá.

—¿Irá usted mañana, á las cuatro, á esas señas?—y el señor H le entregó una tarjeta diminuta con la dirección de uno de esos cuartitos excéntricos, que los viejos ricos y «divertidos» suelen tener siempre propicios á toda aventura...

La «cocota» asintió con un mohín gracioso y desapareció nuevamente.

El señor H, mientras saboreaba «in mente» el rato que le aguardaba al día siguiente, continuó paseando por la Carrera de San Jerónimo.

Cerca ya de las ocho tuvo un recuerdo que le aterrorizó. Había dado una tarjeta á la «entretendida» y recordando, recordando, recordaba que había salido sin ellas de su casa... Ni con señas de su hogar legítimo, ni con las del otro «misterioso»... Decididamente, la había dado una tarjeta que alguien le diera á él aquella tarde. ¿Pero quién? Registraba el tarjetero una y otra vez y hacía memoria; pero no caía...

El señor H. se desesperaba. Tendría que renunciar á la desconocida tan gentil, tan mona, tan jovencita. Pero ¿cómo buscarla? ¿Cómo evitar...?

Hubo momento en que el señor H, llegando á todo con su pensamiento, proyectó poner un anuncio en los periódicos. A B C, por ejemplo, con su sistema nuevo por palabras no lo rechazaría... ¡Había leído él cada cosa! Desde «rica mía...» ¿Pero qué señas daba? El medio era comprometido y ha-



*Ella.*—Le advierto á usted que yo soy una verdadera pila eléctrica.

*El.*—Pues va á ser un poco difícil establecer contacto.

place de tiempo en tiempo, complicándose en aventurillas amorosas.

En la primera tarde del año; el señor H., serio y elegante, paseaba un poco distraído por la calle de Alcalá, frente al



bía que desistir y acaso someterse. ¡Maldita y algo más que maldita su cabeza!...

La noche de primero de año transcurrió sin que hubiera logrado dormir el señor H. Apenas fué de día se vistió, y tras de pasar algunas horas en su despacho, dándole vueltas á su imaginación para hallar el modo de enmendar su distracción, se vistió, pidió un coche al Casino, y comenzó á recorrer domicilios de amigos cuya tarjeta podía haber entregado.

Al cabo, cerca ya de las seis de la tarde, el señor H se acordó de que pocas noches antes le habían presentado en la Princesa á un desterrado portugués que le había dado una tarjeta, la cual no encontraba por ninguna parte. Decidido á revolverlo todo hasta hallar á la «desnudable», indagó, indagó y consiguió saber que el contrarrevolucionario portugués, un señor entrado en años ya que, como sus otros compañeros más jóvenes, cree que la fórmula para restaurar su Monarquía se encuentra en ciertas casas poco santas de Madrid, vivía en un hotelito al final de la calle de Ferraz. =

El señor H hizo que el coche le llevara allí.

En seguida hizo sonar el timbre é interrogó á un portero que le salió á abrir.

Al pronto le negaron que el contrarrevolucionario portugués estuviese allí.

—Pero si me ha citado, si tiene que estar—. Y queriendo ganar la voluntad del criado, añadió muy serio:

—Si para mí está siempre.

El «doncello», más explícito, habló entonces:

—Sí, señor que está. Pero... Pero ha subido una visita y no le puedo molestar ahora...

—¿Una señorita alta, delgada, con el pelo rubio?—interrumpió el señor H muy impaciente.

—Así es —añadió el criado misteriosamente—. Pero no se moleste usted, porque están ocupados... Si acaso, vuelva usted mañana á otra hora, y le recibirá el señor... si se ha ido «ella».

*F. Gómez-Hidalgo.*

## DESPEDIDA



—«¡Addio..., carissima!»





# El confesionario

## JULITA FONTS



MI confesión... Una revelación de mis amores... ¡Ay, Dios mío!... La fantasía popular ha ido tan lejos al suponerme enamorada y «algo más», que yo he debido negarme á escribir estas cuartillas, porque voy á defraudar con

ellas á mucha gente. «¿Se atreverá á contarlo todo?» «¿Nos dará nombres y fechas y «confirmará» ciertas declaraciones que se la atribuyeron?»—se habrán preguntado muchos al sólo anuncio de mi confesión.

¡Santo Cristo! Digo yo otra vez; ¡pero si este mundo es un puro infundio!

Claro está que no voy á negar que he tenido y tengo pretendientes de todas las edades y de toda condición social. El escenario es así como un escaparate, y si una, viviendo casi en él, no consigue de vez en cuando un adorador, pobre de una.

Pero esto no quiere decir «más». Yo no soy, por otra parte, una jueguista, y ello hace que, aunque parezca mentira, yo pueda jurar que no he tenido grandes aventuras amorosas.

Si los que me suponen por ahí «corriéndola» vieran la vida que llevo, se asustaban.

Empiezo por ser muy dormilona y no levantarme nunca antes de la una de la tarde. Luego empleo en mi «toilette» un ratito. Después almuerzo. Más tarde, si no tengo ensayo, doy un paseo, unas veces á pie y otras en coche, y á las cinco estoy en el teatro, para vestirme y empezar á trabajar... hasta ¡la una de la madrugada!

Después de saber que hago esta vida, ¿habrá quien crea que ciertas noticias son verdad?

Y conste que no me presento como «mártir». Estoy en el teatro porque me gusta más que nada en el mundo, porque sin él me aburro y me desespero.

Y una declaración transcendental: yo no me explico en el teatro el papel del público. A mí el ser espectadora me cansa y me entristece. Yo no sé, pero ¡pobres empresarios y pobres cómicos si todo el mundo pensase en esto como pienso yo!

Y volvamos otra vez al Amor. Tampoco me entusiasma gran cosa ni he sido nunca una enamorada «convencida».

Tengo mi corazón—¡qué duda cabe!—un corazón muy grande, según me dijo un día cierto doctor que me tuvo que aplicar los rayos X para curarme de una dolencia que

padecía yo entonces; muy bueno, según mi experiencia; pero yo no sé por qué, el caso es que nunca quise muy allá.

«¿El matrimonio? ¡Oh, no! El matrimonio es una tontería. En mis escarceos de escritora siempre «que me ha tocado» hablar de esta cuestión lo he dicho: la tontería mayor que puede cometer mujer es casarse.

¿Y mis gustos? Muy complejos, para no decir que me parecen bien todos los hombres. Esto en general. Que claro, luego unos son simpáticos; otros, no... Y del trato, naturalmente, se deriva todo... Y ya no tengo más que decir.

*Julia Fons.*



JULITA FONTS



# LA REVANCHA

## I

**M**IGUEL Clovet fué mi amigo desde el primer momento. Lo había sido también de mi antecesor y creo que no andará muy lejos de serlo de mi sustituto.

Simpático y servicial hasta más de lo prudente, Miguelito, como lo llaman en el pueblo, es ese «cicerone» indispensable en las poblaciones de menor cuantía, que tiende su mano al recién llegado para iniciarlo en la vida local y que es siempre novio de la hija del Registrador ó del Médico, mientras no llega «ceacito» nuevo, mitad por deferencia con las «señoras» exóticas, mitad por contrariar á la pollería ambiente.

No hay que decir si Miguelito viste bien, gasta mucho—aun cuando menos de lo que aparenta y mucho menos de lo que pregona—y trabaja poco, haciéndole la merced de llamar trabajo á la materialidad de extender los recibos del «Gran Club de Foot-Ball» en cuyo cuadro de honor figura á calidad de Capitán del primer Team; Presidente de los jóvenes deportistas y Secretario de... todos.

No sé quién me presentó á Miguelito. Sin duda, él mismo. Eso sí, me vendió protección desde el primer momento, prometiéndomelas muy felices para el tiempo en que por razón de mi cargo de funcionario público hubiese de vivir en el pueblo.

A poco, Miguelito pasaba por el mundo en eterno «plantó». «Espérame que voy á seguir á esa mujer.» «Aguárdame un momento.» «Mira, me vas á tener que dejar ó aguanta mecha dos minutos.» Y Miguelito, resignado, á dos pasos de distancia, ó en la acera de enfrente, si subía á algún piso con balcones á la calle, me esperaba.

Sus enemigos de campo aprovechaban la circunstancia de nuestra intimidad y cobraban bien caras las derrotas foot-ballísticas, derivando los comentarios del juego á terrenos escabrosos, en los que la moral ganaba tan poco como Miguelito.

Un día pude escuchar el comadreo de estos pequeños adversarios. «Sabéis—decía un menguado mancebo, casi adolescente—que ayer vi á Miguelito y á su... (aquí, yo). Iban del brazo y abstraídos en más que interesante coloquio; no repararon en mi persona. ¡Ah! Y ya podéis figuraros que por el camino de la Seo se va á la Santa-Mansión

Subterránea, residencia de los padres...» Una carcajada maliciosa. Ligeros cuchicheos... Más risas, y se disolvió el grupo.

## II

Miguelito, que usa papel perfumado y con membrete que mejor parece heráldico



—En Enero busca la sombra el perro. ¡Cómo molesta el sol!

—Sí; pero luego nos gustará que nos dé por detrás.

historial, aunque no pase de ser la alegría de su distinguido sport, me citaba para aquella misma tarde. Era la víspera de mi marcha del pueblo y dos días después de sorprender las pullas de sus rivales envidiosos.

«Ven—me ordenaba—te necesito. Un acontecimiento inesperado me obliga á una visita á la Santa-Mansión-Subterránea. Adviño tu gesto de desagrado; pero, hoy no haremos el ridículo como la otra tarde y ent



remos. Ha venido el R. Padre Fulanez, aquel profesor que motivó mi prematura salida del colegio y de quien tanto hemos hablado.»

Leí su carta tres ó cuatro veces y me prometí acudir.

## III

Por fin terminó su «toilette». Fué toda una sesión de tocador. Por el camino, eludió mis preguntas, en honor á la verdad, algo tendenciosas sobre la futura entrevista. Y hablando de mis amores, unos amores románticos como los de hace cinco siglos y ridículos como los de la actualidad, irrumpimos en la Santa Casa.

No se hizo esperar mucho la venida del Padre. Me saludó con más diplomacia que afabilidad. Creo que fué mi amigo quien tomó al fraile por el brazo y animándome con un «cuestión de cinco minutos» desaparecieron prestos por una puertecita pintada de un rojo subido.

No sé en qué invertirían las dos horas interminables en que, alternativamente hice del espléndido diván, mesa, cama, y hasta escenario en el cual pataleé de firme, nervioso de impaciencia.

.....  
Miguelito salió solo. Tremante y azorado, se abalanzó sobre mí y me arrastró hasta la puerta. Ya en el campo, reaccionó. ¿He tardado mucho, eh? No te enfades: esa pregunta me hacías tú todas las tardes cuando salías del cuarto de mi prima Carmen. Me he vengado y estoy contento...

*César Jalón.*

## CANDELARIA MEDINA

EN EL SALÓN MADRID

Tras de una ausencia de ocho meses, en la que recorriendo media España acrecentó su fama más y más, el martes próximo reaparecerá nuevamente en el Salón Madrid la popular artista, siempre hermosa y «gitana», Candelaria Medina.

Con permiso, y sin él si es necesario, de cualquier buen señor que pida y ruegue para su periódico una opinión firmada y «gratuita» sobre varietés, y que, después, suprima en ella al publicarla los nombres de Candelaria Medina y de La Goya, citadas como modelos de gracia y distinción dentro del género, La Goya y Candelaria, con Amalia Molina, Josefina Chimenti y... «nada más», son de las nuestras, las artistas únicas que dicen y se mueven como manda el Arte.

Nosotros, tan amantes de «las buenas formas», vemos con gusto, y á veces admiramos, á cualquier muchacha que sea guapa y se lance á hacer danzas. Pero, reconociendo y todo que es gentil y no es fea, no diremos nunca, porque somos justos, que la señorita Manén, por ejemplo, canta bien.

Por eso Candelaria, La Goya, Amalia Molina y la Chimenti, artistas verdaderas, nos encantan y lo decimos gratis. Y cuando el début de cualquiera de ellas se aproxima, como el de Candelaria Medina ahora, recomendamos á «nuestro público» que vaya á oirlas, á verlas y á aplaudirlas...

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL  
Marqués de Oubas, 7.—Madrid;

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

**= Doctor D. Antonio Martín Orozco =**

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

**LA HOJA DE PARRA**

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:  
**ENDEZ ALVARO, 2, PRIMERO**

Apartado de Correos número 547  
**MADRID**